

Segunda parte

1.87

La sabiduria y la Religion.

381

Handwritten text, possibly a title or header, mostly illegible due to fading and bleed-through.

27

DISCURSO

SOBRE

LAS ESCELENCIAS DE LA SABIDURÍA

HERMANADA CON LA RELIGION,

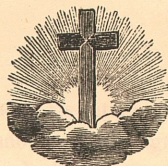
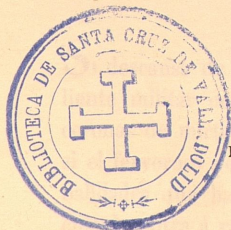
PRONUNCIADO POR D. JOSE GARCIA Y VICUÑA,

CAPELLAN DE HONOR Y PREDICADOR DE S. M.,

EN EL ACTO DE RECIBIR LA SOLEMNE INVESTIDURA DE DOCTOR

EN *TEOLOGIA*

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL.



PERFUNDET OMNIA LUCE.



MADRID.

IMPRESA Y FUNDICION DE D. EUSEBIO AGUADO.

1852.

VVA. BHSC. LEG.05-018381 LEG 5-1 n°381 HTCA



1>0 0 0 0 2 7 9 3 6 2

DISCURSO

DEL GOBIERNO DE LA REPUBLICA

PRESENTE EN LA CAMARA

DE LOS REPRESENTANTES

EL DIA DE MARTES 14 DE ABRIL DE 1881

EN LA CIUDAD DE



DE LA REPUBLICA

DE

DE

DE LA REPUBLICA

1881

~~~~~  
*Sapientia, emanatio quædam est claritatis Omnipotentis  
Dei sincera, et ideo nihil inquinatum in eam incurrit,  
candor est enim lucis æternæ, et speculum sine macula Dei  
majestatis, et imago bonitatis illius. (Sap. 8, v. 25 et 26.)*  
~~~~~

Excmo. Señor.

Si descansa de todas las fatigas de la guerra el valiente militar cuando la patria agradecida ciñe con coronas de mirto y de laurel sus sienas victoriosas; si el fervoroso peregrino se consuela de todas las penalidades que ha sufrido en sus dilatadas romerías cuando entra á reposar en la casa en que nació; y si el apurado navegante olvida todos los riesgos que corrió en la mar en dias borrascosos cuando halla el puerto salvador y vuelve á tomar tierra, tambien siente dilatarse el corazon, y experimenta una expansion deliciosa

el que ha seguido una carrera literaria, en la cual hay sin duda combates que sostener, caminos que trillar y riesgos que correr, cuando las ciencias le conceden un asiento respetable en su templo, y le preparan un lecho de flores para que duerma en él tranquilamente, y ennoblecen su cabeza cansada y destruida colocando sobre ella la borla de Doctor.

Para mí, Señores, que en mi infancia fui amante fiel de la sabiduría, y que quise tomarla por esposa, y que la busqué con ansia y ardor juvenil, aunque mi mala suerte me separó de mi camino; para mí, que procuré cuando casi no era ya tiempo entablar de nuevo relaciones con ella, y la ofrecí mi corazón, y trabajé cuanto pude por alcanzar su seductora amistad, para mí ha llegado este momento deseado y venturoso: porque la ciencia, al ver sin duda mi constancia en buscarla, ha querido recompensar los trabajos que he sufrido por su amor, si no admitiéndome por esposo, porque de tanto no he sido digno, por lo menos concediéndome las insignias honrosas de los que lo son en realidad. Y yo, Señores, con esto quedo satisfecho, porque nunca creí que había de alcanzarlo, y menos merecerlo. Por eso hoy se pagan á muy subido precio todas mis tareas; hoy se coronan todos mis esfuerzos; hoy descanso de todos mis trabajos, y hoy doy por muy bien empleados todos mis afanes y todos mis desvelos.

Pero siendo costumbre muy antigua, y muy laudable á la vez, que los que reciben la investidura de Doctor pronuncien en el acto una oracion académica

como el último de sus ejercicios literarios, incúmbe-me, Señores, cumplir este deber. En mi juicio hay dos asuntos preferentes entre todos los demás. Creo que dos cosas son principalmente dignas de elogio y respeto; dos cosas que hacen las delicias del hombre en la vida, y que no le abandonan al morir; dos cosas que deben procurarse á toda costa por su gran excelencia y valor; dos cosas en cuya adquisicion no cuenta el hombre con algun auxilio humano, y que puede llamar suyas, y que le muestran tal cual es, sin que le proporcionen respetos no merecidos presentándole en mayores dimensiones que las propias, los servicios y prendas ajenas, la proteccion ó la cooperacion de los demás: y estas cosas son, Señores, la sabiduría y la virtud. La nobleza se posee por nacer de padres nobles, los honores por el favor y munificencia de los Reyes, las riquezas por herencias, por industrias ó especulaciones mercantiles. En todo esto se encuentra desde luego la intervencion de algunos otros hombres. Solamente la virtud se adquiere con los esfuerzos generosos del alma, ayudada de la gracia de Dios; y la ciencia estudiando y meditando horas eternas, y trabajando sin descanso ni fin.

Pues bien, Señores, si en vez de hallarme en la primera escuela de España me encontrase en un templo religioso, yo hablaria de la hermosura sobrehumana que tiene la virtud, y dijera cuántos son sus celestiales encantos, y enumerára las ventajas que proporciona su ejercicio y posesion; pero hallándome en este augusto salon de grados académicos, ante una

asamblea de sábios que han apurado en sus estudios los diversos ramos del saber, ante un auditorio ilustrado que ha venido á presenciar la admision de un neófito en el respetable claustro de esta Universidad central, y debiendo yo este honor á la instruccion, escasa por cierto, que he conseguido en toda mi carrera, me he propuesto hablar de las escelencias del saber, aunque, para dar á mi oracion algun caracter teológico, las presentaré íntimamente unidas con la Religion y la virtud. ¿De qué otro asunto pudiera yo formar mi discurso que mas en relacion estuviera con el templo en que se veneran y enseñan todas las ciencias, con la clase de personas que han venido á oirme, y con mi sagrada Facultad? ¿Y á qué otro objeto consagrara yo mas gustoso mi última tarea escolar, que á ese destello inmortal de la inmensa sabiduría de Dios?

Pláceme por tanto, Señores, hablaros de este asunto, porque creo que ha de encontrar entre vosotros una favorable acogida; y pláceme tambien porque de este modo sigo mis impulsos y satisfago mi aficion. Así hablando de las escelencias del saber hermanado con la virtud, unos apreciareis mas el tesoro que teneis, otros tal vez se esforzarán por conseguirlo, y yo, al mismo tiempo que me animo á continuar en mis estudios, pagaré un tributo de amor y respeto á la ciencia que me honra hoy con la borla de Doctor. Así pues, Señores, si os agrada el asunto, escuchad.

Para conocer las escelencias de una cosa es preciso saber cuál es su definicion esencial. Pues bien,

Señores; ¿quereis que os diga qué es la sabiduría? Emplearé solo dos palabras, pero oidlas con mucha atencion. La sabiduría es la ciencia de las cosas divinas y humanas, y de sus causas; es decir, la sabiduría es la ciencia de todo. No han acertado á decir mas, ni Ciceron con los Filósofos, ni San Agustin con los Padres, ni Santo Tomás con los Teólogos. Definicion bien breve por cierto, pero absolutamente completa, porque contiene no solo cuanto han podido discurrir los hombres para darnos una idea de lo que es esa luz, hermosa que ilustra las inteligencias, sino cuanto de ella nos ha dicho Dios.

Consultemos si no la sagrada Escritura, y en ella solo encontraremos que la sabiduría es la que nos hace conocer la disposicion y el orden del mundo, y las virtudes de sus fecundos elementos; el principio, medio y fin de los tiempos con sus cambios y constantes variaciones; el curso magestuoso de los astros, y el lugar que ocupan las estrellas desde el dia en que Dios las crió; las naturalezas de los diferentes animales, su pujanza y su temible bravura; las fuerzas impetuosas de los vientos; las muchas clases de plantas y las virtudes que tiene su raiz. Que además instruye de lo que ha pasado y enseña lo que ha de suceder; penetra los pensamientos de los hombres; comprende los enredos maliciosos que hay en los discursos, y da completa solucion á los mas apremiantes argumentos; manifiesta las maravillas y portentos antes que sucedan, y los acontecimientos de los siglos que vendrán. Por último, que ella es la maestra de la ciencia de Dios,

y la que enseña la sobriedad, la prudencia, la justicia, y toda clase de virtud.

Así es que su posesion es preferible á los reinos y grandes dignidades, y las riquezas parece que son nada en su comparacion; que vale mucho mas que las piedras mas preciosas, porque el oro junto á ella es una arena muy menuda, y la plata, barro si se pondera su valor. Es mas amable que la salud y la hermosura; es inestinguible su pura claridad; todos los bienes nos llegan juntamente con ella, las riquezas, el honor, la inmortalidad; es un tesoro infinito, del cual los que han usado han participado de la amistad de Dios. En una palabra, la sabiduría en su mas alta perfeccion es una emanacion de la claridad de Dios Omnipotente; un resplandor de su eterna luz; un espejo sin mancha de la Magestad Divina; y una imagen de su bondad.

Ya veis, Señores, que de esta magnifica enumeracion y elogio de los conocimientos y bienes que nos da la sabiduría, tomados de la Sagrada Escritura, se viene á concluir que efectivamente ella es la que nos hace conocer al hombre, al universo, á Dios; y por consiguiente que la sabiduría es la ciencia de todo, porque fuera de lo que ella enseña seguramente no hay mas.

Por eso no es estraño, Señores, que Salomon, el mas sábio de los hombres desde Adan hasta nosotros, no pidiese á Dios mas que sabiduría; y que el mismo Adan, mas sábio aún que Salomon, se dejase seducir por las promesas que le hizo la serpiente de ser como Dios,

sabiendo el bien y el mal, si comia del arbol que se le habia prohibido. Tanto aliciente tuvo en su alma el ansia y el afan de saber. Y, Señores, aquí me ocurre una observacion que diré aunque sea de paso, y es: que como si Dios hubiese encontrado disimulable en algun sentido ese atrevido deseo de Adan, se lo quiso satisfacer, primero haciéndose Dios hombre para que el hombre fuese Dios, *Deus factus est homo, ut homo fieret Deus*, dice San Agustin, y despues dándole por premio de su arrepentimiento y su virtud, como antes se lo hubiera dado á la justicia original, no solo el conocimiento del bien y el mal como Adan queria, sino el conocimiento de la misma esencia de Dios, fuera de la cual nada mas hay que saber. Es doctrina de mi Angélico Doctor Santo Tomás, que lo esencial de la bienaventuranza consiste en ver á Dios como es en sí; y el Evangelista San Juan dice: esta es la vida eterna, que te conozcan á ti, solo Dios verdadero.

He aqui tambien, Señores, la razon por que los hombres que han podido vislumbrar las escelencias de la Sabiduría, y han llegado á gustar los placeres de las ciencias, se entregan á los estudios con ardiente voluntad, despreciando las riquezas, mirando con indiferencia los honores, y no dejándose fascinar de todo lo mas seductor que puedan tener las mas halagüeñas pasiones. Porque ¿qué le importa á un sabio, ni la alegría de un festin, ni el boato de lujosos equipajes? ¿Qué pena le da no tener fastuosos carruajes, ni carecer de alfombras y tapices para adornar con ellos sus salones? Todo esto, Señores, si no le causa risa ó

compasion, lo mira con juicioso desden. Cuando Demetrio mandó devolver al filósofo Stilpo todo lo que le habian robado, este le hizo saber que nada habia perdido, porque su ciencia nadie se la podia quitar.

Solamente ciencia es lo que apetece un hombre sábio; solamente sus placeres es lo que desea gozar. Y estos placeres, Señores, ¿quién podrá contarlos? ¿Quién esplicará las satisfacciones que experimentan estos hombres respetables en sus continuos y diversos estudios? Al considerar la sociedad envilecida por las debilidades y los crímenes con que la afean muchos degenerados mortales, abandonan con el alma el mundo en que les es preciso vivir, y se remontan con el vuelo del espíritu á las mansiones celestiales, como el aguila impetuosa, que gusta de mecerse entre las nubes; y allí, en aquella region de la verdad y de la luz, se ocupan sin obstáculos en sus meditaciones solitarias y en sus investigaciones profundas.

Allí el Teólogo, tomando en sus manos la antorcha sagrada de la fe, estudia los Misterios y admira los inefables atributos de Dios, y bendice sus amorosos designios, y se sumerge en el Océano insondable de sus infinitas perfecciones. Allí el Jurisconsulto descubre el origen de las leyes en aquella Ley eterna que la sabiduría Divina dictó para el gobierno del mundo, y ve que de ella se desprenden como hebras de purísima luz las leyes de la justicia, de la rectitud y la equidad. Allí el Metafisico y Psicólogo examinan la esencia de los seres, investigan sus multiplicadas relaciones, observan las maravillosas facultades del alma

y se convencen de que jamás morirá á pesar de haber principiado á existir. Allí el Astrónomo contempla asombrado esos globos celestes, inmensos focos de luz, tan varios en sus constantes y regularizados movimientos, y sigue la rápida carrera con que describen sus órbitas elípticas, y admira la portentosa multitud de esos soles, brillantes por su luz y sorprendentes por su grandor. Y el Naturalista estudia la naturaleza en su limitada estension, y encuentra la armonía en que están todos los seres de ella, y á todos los descubre perfectos, sin el mas ligero lunar, y absorto se prosterna á rendir homenaje á la inteligencia suprema que todo lo crió; á ese Dios omnipotente cuya grandeza publican los cielos y celebra con elocuencia la tierra; á ese Dios, al que el ateo no ha podido hallar en el mundo, y él ha visto clarísimamente en un imperceptible grano de arena, y en el átomo mas mínimo de los vapores que se levantan del mar.

Allí sí, en aquel mundo ideal, al cual no llegan ni el tumulto de los pueblos, ni la intriga y la ambicion, ni la algazara bacanal de las impúdicas pasiones, es donde vive con gusto el hombre sábio, allí donde se sacia á placer de la dulcísima ambrosía que las ciencias le presentan en modestas y limpias copas de cristal; y allí donde se eleva á esa altura magestuosa que le atrae las miradas reverentes de los pueblos, y le concilian sus respetos, cuando descendiendo del cielo á la tierra se presenta en público cubierto con el manto augusto de las ciencias, y despidiendo de sus sienas inspiradas hermosos rayos de luz, como los des-

pedia Moisés de las suyas cuando bajaba del monte de tener coloquios con Dios. ¿Qué mucho que entonces, ante un hombre de inteligencia superior, todos descubran su cabeza? ¿Qué mucho que el mas desalmado criminal se postre anonadado delante de él? Señores, no es estraño, porque un hombre verdaderamente sábio es una especie de divinidad.

Orfeo con su lira amansando á los tigres y leones, y llevando á los hombres tras de sí, es la bella imagen del ascendiente que ejerce un hombre sábio sobre los demás que no lo son. ¿Veis esa gallarda figura de presencia venerable, de larga y blanca cabellera, de afa-ble y magestuoso mirar? Pues ahí teneis al sábio, al oráculo de las naciones, al consultor de los Reyes, al maestro de los pueblos, al director de la Sociedad. Veis ese joven modesto, en cuyos ojos apenas hay luz pero que aún manifiestan el genio, cuya frente despejada inspira reverencia como la gran fachada de un templo; cuya faz tranquila y pura ha perdido en fuerza de vigiliás y desvelos su gentil y simpática hermosura, como la pierde una rosa cuando la esponen muchos dias á los ardores irresistibles del sol? Pues ahí teneis al que la sabiduría acaricia como á un hijo suyo querido; al que esclarece las dificultades y las dudas; al que lleva á las familias la paz; al que colma á los hombres de ventura como si fuese el angel hermoso del bien, recibiendo en cambio de estos dones, tributos y homenajes de amor, elogio y honor.

Podrán no ser tan brillantes los obsequios que se hacen á los sabios como los que reciben los guerreros,

pero esto, Señores, ¿qué importa? ¿Quién podrá dudar que son mas satisfactorios? El culto que se rinde ante un guerrero, cuando mas es el culto que tributa un corazon brioso en el que hierve la sangre, y á quien arrebatan el estruendo de las armas y el aparato militar; pero el que se rinde ante un sábio es de origen mas elevado, porque nace de la cabeza, viene del entendimiento, lo tributa la razon. Si á los triunfos de los sábios no acompañan maniatadas las gentes de las naciones vencidas; si no van seguidos de Reyes destrozados, ni de Príncipes cautivos; si no despiertan al dormido con el estampido del cañon, en cambio tampoco han vertido sangre humana en los campos de batalla, ni han despoblado las ciudades, ni han dejado desconsolada á la viuda, ni han hecho correr lágrimas dolientes á la doncella abandonada ni al huérfano infeliz.

Pero la sociedad, apreciadora del mérito, no ha querido que los sábios se quedasen con unas demostraciones modestas de amor hácia ellos, que pasan con la velocidad de un relámpago, sino que ha perpetuado su nombre, ya encargando á los poetas que canten su epopeya, ya mandando á los artistas que animen á los alabastros y á los pórfidos, y que hagan hablar á los lienzos, para publicar hasta el fin de los siglos su gloria y grandeza inmortal. Ahí está la antigüedad erigiendo estátuas, sepulcros y obeliscos á sus sábios; y ahí están las generaciones modernas formando galerías para colocar en ellas á solos los hombres de mérito literario, y publicando en prosa y en verso las escencias del saber.

Grandes son sin duda, Señores, los honores que se hacen á los sábios, grandes los placeres que proporcionan los estudios, grande la aficion con que los hombres se dedican á la adquisicion de nuevos conocimientos científicos; pero tambien es grande la fatiga que cuesta la mas insignificante conquista que hacen en las ciencias. Despues de largas vigiliias y de profundas meditaciones, apenas se consigue otra cosa que tener un conocimiento científico de la ignorancia, como dice un autor. Solo sé que nada sé, esclamó Sócrates entristecido. Por lo menos, no podemos negar que el hombre ignora en la vida muchas cosas que quisiera conocer. ¿Habrà, Señores, quien tenga alguna duda sobre lo que acabo de decir? No. ¿Podremos tampoco creer que Dios se ha complacido en dar á los hombres una irresistible inclinacion á saber, impidiéndoles despues que satisfagan esa tan noble inclinacion? Menos aún. ¿Pues en qué consiste que siendo la ciencia el delicioso encanto del hombre, apenas lo puede gozar? Yo os lo diré brevemente. Mirad.

Es una verdad innegable, que asi como el mundo físico necesita de luz, asi tambien necesita de ella el mundo moral. El sol, la luna, los demás astros y planetas dan la luz al mundo físico; la sabiduría la da al mundo moral. Quitad al sol del universo, todo es tinieblas, caos, confusion: quitad las ciencias, si quereis, tendreis la ignorancia, mas lóbrega de mucho que la mas densa oscuridad. Pues bien, Dios, que es autor del mundo físico, lo es tambien del mundo moral; y asi como al primero lo proveyó de grandes luminaires, asi tambien

proveyó al segundo de un astro tan brillante que él solo vale por mil. Al criar al primer hombre lo llenó de sabiduría, como dice el Eclesiástico, y ved ahí cómo Dios le había dado medios para que no le atormentase esa sed que ahora le aflige por no poder encontrar apenas la verdad. Pero el hombre pecó; pecando perdió la gracia, y con ella perdió la sabiduría, porque esta era sostenida por aquella como el álamo sostiene á la vid. El pecado pues fue, Señores, el que causó ese eclipse funesto que privó á los hombres de su luz. El pecado fue como un cuerpo opaco que se interpuso entre la sabiduría y la razon; y ved á los hombres estáticos y yertos, palpando por todas partes para poder caminar sin hundirse en el abismo, que no les era permitido descubrir, como palpa el ciego para no caer en el hon-do precipicio que tal vez tiene delante de sus pies.

Pero la humanidad no podia someterse á la ignorancia. Aunque habia perdido la sabiduría, no perdió su inclinacion hácia ella, y por eso, encontrándose ignorante, forcejaba por quitarse la venda que ocultaba á sus ojos la belleza de las ciencias que en confu-so presentia. Allá, en el fondo del alma percibia el germen del saber. En su cabeza, siempre altiva, se conservaba ese fuego divino que da vida y movimiento á las ciencias; pero estando ese germen amortiguado y aterido, y ese fuego cubierto de ceniza, aplicó fomentos caloríficos al germen para que volviese á la vida, y sopló con todas sus fuerzas para disipar la ceniza que quitaba su virtud al fuego intelectual: y desde entonces vedla escudriñar lo que cree que puede ilus-

trarla, y vedla discurrir sobre lo que no acierta á comprender.

La asiduidad de los Indios en cultivar la dialéctica y la filosofía moral, de los Chinos en ocuparse de la teodicea, de los Caldeos en la astronomía, de los Egipcios en la geometría, de los Fenicios en hacer aplicaciones de esta ciencia á la navegacion, de los Griegos antiguos en profundizar sobre los secretos de la física, y de los modernos en todo lo que abraza el ancho campo de la filosofía, de la literatura y del arte de bien decir, y el afan con que los Romanos corrian por el mundo para regalar á su patria todo lo que se sabia fuera de ella, prueba evidentemente que la humanidad, teniendo necesidad de saber, no se resigna á vivir privada de ciencia; y los esfuerzos gigantescos de estos pueblos cultos de la antigüedad, principiaron á suplir de algun modo, aunque muy escaso por cierto, la ciencia que Dios hubiera continuado dando á todos los hombres, asi como la habia dado al primero, si este hubiese permanecido en la justicia original. Compensacion á la verdad desventajosa, pero que sin ella todo el mundo sería hoy lo que son esos paises donde los hombres no saben mas que cazar fieras para comer, y vivir para vegetar. Estos sabios antiguos, si no iluminaron completamente al mundo, por lo menos lo instruyeron de algun modo; fueron como los crepúsculos que anuncian el dia, fueron como las tintas doradas que esparce la aurora cuando se aproxima la salida del sol.

Y hé aquí, Señores, lo que ha hecho célebres á

esos pueblos padres de la sociedad moderna; el saber. ¿Por qué se nombran aún con cierta clase de respeto las patrias respectivas de Laokion y Confucio, Zoroastro y Trismejistro, Cadmo y Sanchoniaton, Thales de Mileto, Pitágoras, Sócrates, Platon, Aristóteles, Euclides, y la del elocuente Marco Tulio? ¿Por qué tienen aún en los anales de los tiempos un lugar tan distinguido Atenas, Alejandría y Roma? No por los combates que sus hijos sostuvieron; no por los laureles que sus guerreros alcanzaron; no por las naciones á quienes consiguieron vencer. Por esto muchos otros pueblos deberían ser reverenciados. España misma podia disputarles toda la gloria de sus triunfos y victorias. ¿Por qué, no la ha visto el mundo entero desplegar su pendon morado y su estandarte nacional en todas las partes que se conocian de él? Mas: ¿no la ha visto meterse por los mares, y buscar nuevos países para conquistarlos y darles cultas leyes?

Señores, si los griegos y romanos fueron tan poderosos por las armas, han sido mas los españoles, porque aquellos no hicieron sino conquistar el mundo que los antiguos conocian, pero los españoles, ávidos de mando y gloria, presentian que detrás del *Non plus ultra* existian otros pueblos todavía, y llenos de ardor y de fe, hicieron, valiéndome de la valiente espresion de un escritor francés contemporáneo, salir de las aguas otro mundo nuevo, como sale de su caliz la flor, para llevar allí sus conquistas, y civilizar sus habitantes, y hacerles saludar llenos de entusiasmo al través de inmensos mares, como á sus dueños y seño-

res, á los reyes de Castilla y Aragon. Por eso no han sido las armas las que han hecho gloriosos los nombres de Atenas y de Roma. Lo han sido las letras, en las cuales no han tenido igual. Cuando los griegos y romanos abarcaban todos los ramos del saber, los demás pueblos del mundo, los mismos que le disputaban los triunfos de la guerra, iban á aprender en sus academias y sus pórticos lo que no se sabia en su pais. Tal es el predominio que las letras tienen sobre la sociedad.

El mundo pues se iba iluminando á costa de sacrificios inmensos. Apareció el cristianismo, y la luz se aumentó y difundió mucho mas. Pero allá, en las heladas regiones del polo se formaba una espantosa tormenta que venia á encapotar el cielo de todas las regiones en que eran conocidas las ciencias. Señores, ¿qué hubiera sido de nuevo del mundo, y de todos los esfuerzos que habian hecho los héroes antiguos para sobreponerse á la ignorancia cuando esta tormenta estalló, cuando los bárbaros del Norte, estendiéndose como una nube de humo bituminoso y espeso, cuando como una capa de lava volcánica cubrieron el campo de la ciencia, impidiendo que brotaran de él las bellas plantas de la rima y de la prosa, que se agostaron y desaparecieron marchitas bajo la accion de aquel calor destructor, qué hubiera sido entonces, repito, de la triste sociedad, cuando aquellos hombres de muerte embalsaron las provincias en que pusieron el pie con la sangre que vertieron al golpe fiero de su clava aplastadora, y de su hacha certera y feroz, si no se hubie-

ran librado de aquella matanza universal algunos pocos sábios, que conservaron en sus frentes el fuego del saber, como los antiguos sacerdotes conservaron el fuego sagrado, escondiéndolo en un valle para que no se llegase á extinguir? ¿Qué hubiera sido de ella? Señores, bien se deja conocer lo que hubiera sucedido. Los hombres se hubieran convertido en fieras, y la ignorancia se sentara de nuevo en el trono que antes ocupó.

A los cánticos sublimes de Homero y de Virgilio hubieran sucedido los hurras desabridos, sin metro, sin música ni uncion; y á las elocuentes arengas y oraciones de Tácito, de Tito Livio y Ciceron, las estúpidas y salvajes alocuciones de unos hombres sin talento y casi sin razon natural. Los monumentos de la gloria hubieran sido los escombros de los pueblos, y la historia de sus triunfos la escribiera la descarnada mano de la muerte, y la publicaran los huesos enmohecidos de los que hubieran perecido en los combates, y los cascos de los cráneos esparcidos por los campos por el violento galopar de los caballos que criára el Septentrion. Pero por fortuna otra vez ejerció su benéfico influjo la ciencia. Aquellas chispas de fuego produjeron un incendio feliz; los sábios recobraron sus sagrados derechos; se asociaron á los que los habian vencido, cuando estos apagaron su sed de muerte y destruccion; se insinuaron en sus salvages corazones, y alcanzaron sobre ellos el ascendiente debido. Sucediendo asi, que los vencedores quedaron vencidos, llegando á ser esclavos los que no conocian mas poder que el del bra-

zo, ni mas ley ni mas ciencia que los arranques furiosos de la ira y la escitacion del corazon. Si hoy, pues, es culta la Europa y las otras partes del mundo, ¿á qué se debe, Señores? A la influencia del saber.

Sin embargo, téngase presente, á pesar de todo lo dicho, que por muy brillante que sea el cuadro que acabo de pintar, y muy seductora la belleza de la imagen que he ofrecido á vuestra vista, todo su brillo y augusta magestad depende de la union que la sabiduría tiene con la religion y la virtud, porque sin virtud y sin creencias, Señores, no hay ciencia propiamente tal. En prueba de esto pudiera yo citar un largo catálogo de hombres que dejaron de ser sábios en rigor porque no fueron virtuosos, pues que tuvieron un entendimiento claro, estuvieron adornados de una vasta erudicion, penetraron los recónditos senos de una ó muchas ciencias, y descubrieron las íntimas relaciones que tienen entre sí; pero se dejaron dominar de sus pasiones, cultivaron con esmero la cabeza descuidando al corazon; no se valieron de su gran talento para elevar su espíritu hácia Dios; no le prestaron la justa adoracion, ni le rindieron el debido acatamiento, y por eso esos soles se eclipsaron, y esas hermosísimas estrellas dejaron de dar luz.

¿Qué otra cosa, Señores, es la historia de las heregías que un triste comprobante de esta verdad? ¿Por qué Simon Mago, Cerinto, Ebion, Arrio, Sabelio, Nestorio, Eutiques, Berenguer, Lutero, Calvino, Ecolampadio, Melancton y otros hereges sin número, no están inscritos en el canon de los sábios? Porque su

orgullo los cegó. Pretendieron pasar por inspirados; quisieron dar á los hombres noticias sobre la esencia y existencia de Dios y sus inefables atributos, sobre los misterios de la Trinidad, Encarnacion, Eucaristía y los demás; se atrevieron con mano profana á levantar el velo augusto que oculta á los mortales, durante su peregrinacion sobre la tierra, arcanos tan profundos, y con la magestad y resplandor que del santuario salió se alucernaron. En castigo de su osadía sacrilega el Señor los deslumbró, y asi es que en vez de enseñar teología, presentaron las aberraciones cavilosas de su ingenio, y los partos monstruosos y ridículos de su estraviada y delirante razon.

¿Y por qué los hereges ó filósofos modernos, Hobbes, Baile, Espinosa, Vanini, Rousseau, no ciñen una aureola científica, ni reciben los respetos y homenajes debidos al saber? Porque engreidos al ver que podian hablar con facilidad y con soltura sobre alguna ciencia natural, se creyeron capaces de explicar la creacion y los misterios, se emanciparon de la fe porque decian que envilecia la razon, se rebelaron contra Dios porque imponia deberes penosos de cumplir, y, Señores, los que principiaron siendo vanos concluyeron siendo ateos. Quitaron del mundo á Dios, y erigieron en su corazon incrédulo un altar á la razon; y despues de haber hecho su ridículo y repugnante apoteosis, la ofrecieron un culto sacrilego y estúpido á la vez. El ver tantos genios malogrados; el ver tantos genios que, habiendo tenido á Dios por norte, hubieran ilustrado al mundo con las producciones que

podieran dar á luz, pero que le llenaron de tinieblas por haberse apartado de él, es muy triste ciertamente, es muy desconsolador.

Tanta aberracion, tanta insensatez, tanta sofistería como se descubre en sus escritos, es un padron de ignominia para la miserable humanidad; padron que yo quisiera tomar en mis manos, y romperlo y hacerlo mil trizas, y arrojarlo contra las corrientes del viento para que, arrebatado por él, no se encontrara jamás. Aunque mas hubiera deseado que no se hubiese dado ocasion á que la historia se encargase de consignar en sus páginas negras los errores de los hombres, dando asi testimonio de las tinieblas en que yacen desde la triste caida de Adan; pero por mas humillante que esto sea, no deja de ser incontestablemente cierto que los hombres, siempre que se han separado de Dios, han errado, y que por eso será preciso resignarse á saber, que el que aspire á la sabiduría debe poner por fundamento á sus estudios su santo temor.

Quiero, Señores, ampliar mas el pensamiento, y esplicarlo de un modo filosófico, de un modo fundamental. Para ser sábio se necesita algo mas de lo que comunmente se cree; se necesita algo mas que dudar ó negar lo que no se puede comprender, y mofarse de todo lo sobrenatural y misterioso, y dejar á la virtud abandonada para las gentes sin estudio, como si los hombres de letras no la debiesen practicar. Señores, todo esto no es saber, esto solo es blasfemar. Ni tampoco basta ser géometra, publicista, jurisconsulto ó poeta, porque esto podrá hacer á un hombre cientí-

fico, pero si no tiene otra cosa, ni será sábio, ni merecerá llamarse así.

El sábio, Señores, es el que reúne en menos ideas conocimientos mas estensos; el que descubre la verdad mas sencilla y mas claramente á la vez; el que, ocupándose en considerar la escala en que se hallan los seres, llega á encontrar con la causa suprema, con la causa universal, con aquella fecundísima causa que al imperio de su voz omnipotente hizo salir torrentes de purísima luz de las oscuridades del caos; con aquel sapientísimo Sér que halló la creacion en los senos inesplicables de la nada, como dijo magníficamente el elocuente Bossuet. Este es el sábio, segun mi Angélico Doctor Sto. Tomás, el que considera la altísima causa de todo, y todo lo ordena con relacion hácia ella; el que juzga por ella del bien y del mal. Si esto, Señores, de suyo no es cierto, pregúntese á la filosofía, y ella nos dirá que la sabiduría es el conocimiento de las cosas por altísimas causas; y por tanto, sábio es el que busca la verdad por medio de ellas.

Pues bien, Señores, si para ser sábio se necesita estar en cierta correspondencia con Dios, y dirijir hácia él los afectos é ideas, ¿cómo podrá merecer este titulo el que no reconoce mas Dios que al acaso, ni mas reglas de moral que al placer? ¿Qué importa que un tal hombre posea una multitud de ciencias, y aun todas si se quiere, si marcha al azar, sin direccion ó rumbo seguro? Sin Dios jamás poseerá la verdad, porque las ciencias, dice Chateaubriand, son un laberinto, donde el hombre se pierde mas tristemente en el

momento mismo en que pensaba salir. Y en confirmacion de lo poco que puede prometerse de ellas, no me fuera difícil ponerlas á todas en ridículo, valiéndome de lo que han dicho contra todas en particular los que mas han descollado en alguna de ellas. El psicólogo desprecia al matemático, el matemático al poeta, el poeta al metafísico, y este á todos á la vez. Si llegase un dia feliz, dice Montaigne, en que la naturaleza se dignase abrirnos su seno, ¡ó Dios, cuántos abusos y errores hallaríamos en nuestra pobre sabiduría!

Señores, el que quiera asegurarse de que no hay sabiduría sin virtud, medite la profunda teoría del influjo que tiene sobre el entendimiento el corazón. Cuando el corazón es recto, la razón también lo es; cuando el corazón está maleado, también lo estará la razón. Léase la obra inmortal del célebre Valsechi, *de fundamentis religionis*, y en ella se encontrará demostrado que la incredulidad, que es la mayor de todas las ignorancias porque repugna al buen sentido, nace de la impiedad, y esta de la corrupcion del corazón.

Y en verdad que cuando el corazón está gangrenado y asquerosamente empodrecido, exhala vapores espesos, inmundos y fétidos, que trastornan y oscurecen la razón. El hombre entonces, como el marinero en noche encapotada y tormentosa, ya no descubre su estrella polar, porque está privado de luz, y ajitado por el huracán de las pasiones viene á sumergirse en los vicios, como la nave se hunde en las aguas cuando la desgajó la tempestad. Malamente conducido por las ciencias que él ha sacado de quicio, porque ha

querido que la Teología fuese Matemáticas, y que la Química examinase en sus retortas y crisoles á la Psicología y Metafísica; malamente conducido por las ciencias, repito, desconoce su último fin, lo pone en la fruicion de un placer, y se extravía en sus vanos estudios, y extravía á otros consigo, que es todavía peor. ¿No es esto, Señores, lo que ha sucedido? ¿Qué debe si no la ciencia propiamente dicha á los hombres que se apartaron de Dios? En Metafísica y Moral ¿han hecho grandes progresos? Y en economía y en política ¿han enseñado algun bien? Dígalo, Señores, la Europa con su panteismo monstruoso; con su juventud descreida, voluptuosa é inmoral; con su pauperismo lastimoso; con su revolucion, que es casi una forma de gobierno; y con su anarquía, que casi ha llegado á ser su estado normal. Ahí están los hechos, ellos hablan por mí.

Por el contrario, dadme un hombre religioso, que en sus tareas literarias busque la verdad y no solo la gloria terrena; que cuando baje de sus escursiones por el mundo intelectual, no pretenda que se le rinda adoración como si fuera un genio venido del cielo; que sea puro en sus costumbres, y que al mismo tiempo tenga creencias; que en su retirado gabinete eleve á Dios su espíritu, que contemple su bondad, que suspire por su amor: dadme un hombre tal, y vereis cómo sabe mas, aunque tenga menos ciencia, que el meditado matemático y el químico observador, si carecen de virtudes y fe. Con menor aparato de fastuosa erudicion conocerá mejor la verdad que el incrédulo

orgullosa, porque la busca siempre donde sabe de cierto que está. *Facile invenitur ab his qui querunt eam*, dice Salomon. Señores, la experiencia ha acreditado que, *non plus sapere quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem*, como profundamente dijo un gran filósofo cristiano, y que *nescire quædam, magna pars sapientiæ*, como dijo un filósofo gentil.

¿Quereis modelos de esta clase de hombres que hayan sabido con sobriedad? Pues ahí teneis á Newton, Clarke, Leibnitz, Pascal, Malebranche, La Bruyere, Fr. Luis de Leon, Fr. Luis de Granada, Bossuet, Massillon, el malogrado y profundo Balmes, con otros sin cuento que fuera muy largo nombrar, que han sido sapientísimos habiendo sido religiosos, aunque algunos de ellos por desgracia no pertenecieron á nuestra misma comunión. Ahí teneis á los Santos Padres, que han reunido una sabiduría absoluta con una heroica virtud. Ahí teneis por todos á un Doctor Angélico, á un Santo Tomás.

Señores, séame permitido hacer en esta ocasion solemne honorífica mencion de mi angélico Maestro, de cuya doctrina he bebido, cuya incomparable Suma he estudiado, y con quien me une un vínculo sagrado, un lazo religioso. Ahí teneis, pues, á este hombre, para cuyo penetrante entendimiento no hubo metafísica abstracta, ni cuestion difícil de resolver; á este hombre enviado en el siglo XIII por la Providencia Divina para que sacase un cuerpo de doctrina brillante, y exenta de error, del aglomeramiento indigesto y confuso en que se hallaban entonces las ciencias. Ahí

teneis ese hombre inmortal que fue sábio del orden mas alto porque buscó siempre á Dios. Nunca se puso, dice la Iglesia, á estudiar ó escribir sino despues de la oracion: y él confiesa de sí mismo, que habia sacado su ciencia mas de la oracion que de su aplicacion, de su trabajo ó de su estudio. ¿Qué quiere decir pues, Señores, todo esto? Que la sabiduría, la ciencia verdadera, es hermana y dulce compañera de la virtud y santidad.

Y antes de concluir, ya que en este siglo tanto se está por lo bello, quiero hacer notar, aunque sea ligeramente, la influencia que tiene tambien la Religion sobre la buena literatura. La impiedad, Señores, es de suyo muy adusta y muy fria. No conoce el sentimiento amoroso, ni aquellas afecciones simpáticas con que se adormece el corazon embargado de placer. Donde quiera que inspira su aliento, produce un frio glacial. Si toca alguna cosa con sus manos, al instante la vemos morir. No es estraño; es enemiga de Dios, de quien solo proviene la vida. Pues bien, donde no hay sentimiento ni vida, no puede haber ni primores, ni encantos, ni amor, ni atractivos, ni dulce embeleso, ni delicada ternura, ni belleza moral. Por eso, si en el estudio buscáis amenidad y delicia, huid de la impiedad, que destruye los honestos placeres del gusto científico; pero cuenta, Señores, tambien con buscar esclusivamente lo bello, porque es muy deleznable de sí. Un rayo de sol marchita á la flor mas hermosa; una mutacion pasajera destruye la mayor ilusion.

Señores, dispensad si he abusado de vuestra bondad

é indulgencia, pero tened presente que el asunto era muy vasto, y que no podia encerrarlo en un discurso de pequeñas dimensiones. Por lo demás creo haber cumplido con el empeño que contraje con vosotros al principio, si no como la materia y el auditorio merecian, por lo menos del modo mejor que me ha sido posible. He procurado demostrar con frases de la divina Escritura, que la sabiduría es mas hermosa que el sol, y que el orden admirable en que se encuentran distribuidas las estrellas en ese inmenso espacio, donde flotan y giran sin cesar; que no se comprará jamás aunque se diese por ella el oro mas puro y la plata de mas ley; que no se dará en cambio de los vivísimos colores de la India, ni de la piedra sardónica, muy preciosa, ni del zafiro de mas subido azul. Que Salomon, enamorado de ella, quiso, como él dice, llevársela á su lado y tenerla siempre consigo, para que le comunicase sus bienes inefables, y fuese el consuelo de su tedio, sabiendo que hay un santo placer en su amistad.

Despues he manifestado que los hombres de todos los siglos, que han conocido algo del mérito y valor de la misma sabiduría, han abandonado por llegar á poseerla sus bienes, sus riquezas, su salud y todo cuanto hay seductor sobre la tierra; que han luchado con fuerzas hercúleas contra la ignorancia, que es su enemiga declarada, y contra la barbarie, que se les queria quitar; y que asi los pueblos donde la sabiduría fue buscada, como los hombres que la pudieron encontrar, han recibido de las sociedades antiguas y modernas

una especie de culto religioso, y los obsequios y homenajes merecidos. Pero tambien creo haber probado con las lecciones de la historia, y con las observaciones de la recta razon, que es imposible alcanzarla, y mas todavía poseerla, no teniendo Religion ó no practicando la virtud. De hecho, Señores, la sabiduría es un don de Dios, y no debe esperarlo ni puede conseguirlo quien prescinde de su Magestad divina, ó le insulta con arrogancia, ó le ofende con una conducta inmoral. *In malevolam animam non intravit Sapientia*, dijo Salomon.

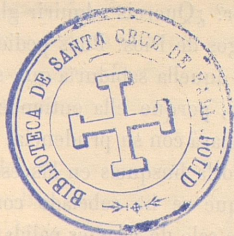
¿Quereis pues, Señores, estar siempre exentos de error, y conversar tranquilamente con la hermosa, con la amable verdad, con esa purísima hija del cielo, que tanto trabajo nos cuesta encontrar y tanto deseo tenemos de poseer? ¿Quereis adquirir gloria entre las gentes y ser amigos de Dios? Pues pedid á su bondad infinita que os dé aquella sabiduría que siempre asiste á su santo trono, porque ella entiende y sabe todas las cosas, y os guiará con su prudencia, y os guardará con su poder. No la busqueis en las escuelas de una filosofía pagana que se ha rebelado contra el cielo, porque la luz que sale de ellas es pálida y opaca como la de una antorcha funeral, como la de un fuego fátuo que vaga por un cementerio, como la de una exhalacion nocturna, cuyo rojizo resplandor en vez de guiar al caminante perdido en las selvas, le desconcierta y turba mas, y llena de miedo. Esa luz es la luz de la impiedad. ¿Y pensais, dice Job, que la luz del impío no se ha de extinguir, y que resplandecerá la llama de

su fuego? No. Su luz se oscurecerá en su habitacion, y la antorcha que está sobre él se apagará. Se estrecharán los pasos de su poder y le despeñará su consejo.

Asi pues, Señores, si deseais alcanzar la ciencia en su mayor estension, poned por fundamento á los estudios el santo temor de Dios, porque este es, no solo el principio de la sabiduría, como dice el Espiritu Santo, sino su complemento y plenitud. HE DICHO.

Madrid 18 de junio de 1852.

José García y Vicuña.



UVA. BHSC. LEG.05-1 n0381

su fuerza, su virtud, su eficacia, su nobleza,
y la certeza que esta viene al mundo, de modo
claro, sin punto de duda, y la esperanza de ver
algo.

Así pues, Señores, si desearis de usar la cruz en
su mayor extensión, ponel por fundamento a los ojos
del santo temor de Dios, porque este es, no sólo
el principio de la sabiduría, como dice el Espíritu Santo,
sino su cumplimiento y plenitud. He dicho.

Madrid 18 de junio de 1692.

Don Juan de Mariana

